

en casar á su nieta con el primero que llega! ¡Si tuviera muchas! pero ella sola, poderosa, casi una niña, y darla así á ese hombre.....

—¿Y qué hay que decir de ese hombre? ¿no es un conde?

—¡Sí!

—¿No es jóven?

—Sí por cierto.

—¿No tiene una bella figura?

—No lo niego.

—¿No es una persona de maneras distinguidas, de perfecta educacion?

—Lo que es con nosotros....

—Es que los grandes señores de Madrid, amigo Nolasco, tratan á sus criados con despego.

—Segun y como, Martina: que yo he estado en Madrid con el padre de la señorita muchos años, y no solo él, sino todos sus amigos, me trataban muy bien.... ¡muy bien! excesivamente bien!

—¡Ya! como que era vd. el confidente de todas sus picardías! ¿Qué atenciones quiere vd. que nos guarde el conde si para nada le hemos servido todavía?

—En fin, la boda será muy buena, muy conveniente, cuanto vd. quiera decirme, Martina, pero á mí me parece muy mal.

—Pero hombre, ¿se podrá saber por qué?

—¿Por qué? ¿no hay en Madrid muchos caballeros jóvenes, que se hubieran casado muy contentos con la señorita despues de tratarla? ¿Por qué, pues, no se la lleva allí su abuelo?

—¡Sí, á los ochenta años!

—Verdad es que está muy viejo: y como la pobrecita no tiene ni padres, ni hermanos, ni parientes..... pero en fin, primero la dejo yo toda mi vida sin casar que casarla así.

Tenia lugar esta conversacion entre Nolasco, mayordomo del castillo del duque de Santa Clara, y Martina, que

## EL CANCER DEL SIGLO.

Sous Pécorce du travail le plus grossier, le plus ingrat, Dieu et la nature ont caché un fruit d'une saveur mystérieuse, que le pauvre connaît mieux que nous. C'est le sentiment vague et doux d'un instinct contenté et d'une loi accomplie. A part même toute application, l'activité pure nous calme et nous réjouit, parce qu'elle nous fait rentrer, si peu que ce soit, dans l'ordre véritable de notre destinée, dans l'harmonie des choses.

Bajo la corteza del trabajo mas grosero, mas ingrato, Dios y la naturaleza han ocultado un fruto de un sabor misterioso, que el pobre conoce mejor que nosotros: es el sentimiento vago y dulce de un instinto satisfecho y de una ley cumplida. Hasta prescindiendo de toda aplicacion, la actividad nos calma y nos alegra, porque nos hace entrar, por poco que sea, en el orden verdadero de nuestro destino, en la armonía de las cosas.

OCTAVIO FEUILLET.

—¡Calle vd., Martina, calle vd.! ¡por mas que me predique, no me convencerá de que el señor duque hace bien

había sido nodriza de la hija única del mismo duque, muerta hacia siete años á consecuencia del dolor que le causó la pérdida de su marido, ocasionada por la caída de un caballo.

Alicia, que así se llamaba la hija de aquellos esposos infortunados, muertos en la flor de su vida, quedó á la edad de diez años en poder de su abuelo materno, que ya contaba cerca de setenta y tres.

El duque, gentil hombre de cámara del rey Fernando VII, y privado de aquel monarca espléndido, había sido durante largo tiempo ministro de Estado, y siempre el mejor amigo de S. M., que tenía en mucho su parecer, y le consultaba en los negocios mas árdulos.

Acumuló el rey sobre su cabeza los honores y las distinciones, y no habrá trabajo en creer que la hija única del duque tuvo soberbios partidos en que elegir: no obstante, educada por una madre tierna y cristiana y por un padre que la adoraba, no conoció la ambición ni el deseo de brillar.

—Hija mía, le decía su madre, la que ha de ser buena esposa y buena madre, se ha de casar enamorada; porque solo el amor es buen Cireneo para ayudar á llevar la cruz del matrimonio: no te fijes en el hombre mas rico y mas brillante, sino en el mas honrado y el que posea mejores sentimientos y mas noble carácter; la riqueza la llevarás tú.

Diez y ocho años contaba Imelda, que este era el nombre de la hija del duque, cuando conoció á un jóven coronel, segundo de una ilustre familia, y que fijó para siempre su corazón.

Celebróse la boda con la aprobacion del rey, siendo éste y la reina los padrinos, y el esposo fué nombrado caballero de S. M. y agraciado con algunos honores.

Imelda dió á luz una niña hermosa como el dia; y poco despues, sus padres se retiraron á un palacio campestre que poseían entre Valladolid y Burgos, y que bien me-

recia el nombre de castillo por su construcción y grandes proporciones.

Su hija y su yerno quedaron en la corte, y cada verano iban á pasar una temporada al lado de los abuelos, quienes recibían á su nieta como al rayo del sol que iba á alegrar los últimos dias de su existencia.

Imelda no tuvo ya más hijos con vida: su naturaleza débil y delicada se inclinó á un lastimoso extremo; sus hijos se malograban todos, despues de vivir en su seno cinco ó seis meses, y de esta suerte perdió siete sin llegar á nacer.

Pero Alicia crecía como una bella y delicada flor, y ya retrataba su semblante la pura y angelical belleza de su madre, y la firmeza de carácter de su padre.

Durante un invierno que los esposos pasaron en Madrid y dando un paseo con uno de sus amigos, el caballo que montaba el coronel dió un bote para saltar una zanja, y dejó caer al ginete, al que levantaron inanimado.

Aquella noche espiró.

La desdichada Imelda corrió con su hija al lado de sus padres; pero en breve empezó á languidecer, y dos meses solo tardó en seguir al esposo, á quien tanto había amado.

Su madre, que era ya muy anciana, no pudo sobrevivirla, y, apenas pasado un año, no quedaba de toda la familia mas que el duque y su nieta.

Así, pues, Alicia creció sin conocer mas amor que el de su abuelo: ¡pero cuánto se acordaba ella de su madre, de su padre y de su abuela!

Conservaba de la primera el mas vivo recuerdo, porque Imelda, en tanto que vivió, apenas la había separado de sus brazos: una afinidad misteriosa unía á la madre y á la hija, y cuando la blanca frente de Imelda se cubría con la sombra de algun pesar, su hija adivinaba la causa, y, no obstante su tierna edad, la consolaba con amorosas palabras y dulces caricias.

Cuando perdió á su madre, se temió tambien por la vida de la niña; pero tenía esta al lado, además del espiri-

tu benéfico é invisible al que llamamos ángel de la Guarda, otro ángel de la Guarda visible en Martina, la nodriza de Imelda, que adoraba á la hija de la que habia alimentado á su seno.

Tanto veló Martina por la niña, que esta se curó de aquella tristeza profunda, quedándole, sin embargo, una dulce melancolía como fondo de su carácter.

El duque, á no ser por aquella pobre criatura, huérfana de todo afecto sobre la tierra, quizá hubiera sucumbido también; pero se dijo que debia ser fuerte por ella, y que para alegrarla, debia aparentar conformidad y calma.

Pasaron siete años: el palacio campestre del duque se hallaba situado á la salida de la pequeña aldea de Santa Clara, propiedad suya, y distante unas ocho leguas de Valladolid, hácia el centro de Castilla: en Valladolid habia estado Alicia algunas veces con su abuelo, y otras á hacer compras con Martina y Nolasco, ayuda de cámara que habia sido de su padre, y, á la muerte de este, nombrado mayordomo del castillo: pero en Madrid no habia estado jamas.

En el humilde cementerio de Santa Clara, se hallaba el panteon que contenia los restos de la duquesa, de su hija y del esposo de esta: el duque tenia una llave de él, y no pocas veces la tomaba Alicia del cajon donde se hallaba, é iba á arrodillarse en aquellas tumbas para orar y llorar ante las veneradas cenizas que encerraban.

Llegó Alicia á los diez y siete años de su edad, tan ignorante del mundo, como si solo hubiera tenido ocho: las pasiones no habian aún marcado su sello en aquellas graciosas facciones tan adorables y tan puras.

Su abuelo, al cual rodeaba de cuidados y caricias; las tumbas de sus padres y de su abuela; sus antiguos sirvientes; los pobres de la aldea, hé aquí los amores y los cuidados de Alicia, ademas de los que prodigaba á su pajarrera y á su perro Tamerlan, grande como un borrico, y mastin de pura raza:

Una noche llamaron á una hora muy avanzada á la puerta: un criado abrió, y luego fué á la cámara del duque, que ya se hallaba acostado.

El viejo ayuda de cámara, que dormia en la sala que precedia á la de su señor, abrió y preguntó al criado lo que se ofrecia.

—Señor Gerónimo, dijo el criado, diga vd. al señor duque que unos caballeros extraviados en la caza desde el anochecer, le piden asilo por esta noche: aquí están sus tarjetas.

El grave Gerónimo las tomó, cruzó su bata sobre el pecho, pues vestia como una persona de importancia, gracias á los regalos de su señor, y volvió al lado del duque.

—El conde de Carrion, el baron de Fuentes, el coronel Sahagun, el vizeconde de Mena: son personas de distincion y cuyos nombres conozco, dijo el anciano despues de haber leído las tarjetas. Gerónimo, que pasen adelante, y manda encender una buena lumbre en el salon: tú ve á recibirles: y diles que ya me visto: para ayudarme enviame á Silvestre.

—¡Y qué, señor! exclamó el fiel Gerónimo, ¿vá vucencia á levantarse con una noche tan cruda? ¡si es la una!

—No importa, ese és mi deber de amo de casa: haz llamar á Martina para que saque ropas y haga á las otras muchachas preparar las camas: pero mucho cuidado para no despertar á mi hija; á su edad, es preciso un sueño muy tranquilo.

Gerónimo conocia desde hacia muchos años la firmeza de carácter del duque, quien, aunque muy bondadoso, no cejaba nunca en su voluntad, cuando conocia que lo que deseaba era justo: salió, pues, para ejecutar sus órdenes, y le envió á Silvestre, el segundo ayuda de cámara, para que le vistiese.

Los viajeros fueron introducidos en el gran salon, caldeado por una abundante lumbre, y en el comedor se

cubrió la mesa con viandas fiambres, té, café y excelentes vinos.

En aquella opulenta casa, tales preparativos fueron la obra de un instante, pues la servidumbre era numerosísima é inteligente.

—Sentiríamos mucho que el señor duque se incomodase por nosotros, dijo el conde de Carrion tomando la palabra por él y por sus tres amigos, y dirigiéndose á Gerónimo: dígame vd. que nos basta con la generosa hospitalidad que nos concede, y que de ninguna manera nos conformamos con que se moleste.

—Mi señor se está ya vistiendo, dijo Gerónimo inclinándose profundamente, y no quiere dejar de tener el honor de saludar á vuestras señorías: ya oigo sus pasos.

En efecto: un instante despues apareció en la puerta la venerable figura del duque.

Era éste de alta estatura y enjuto de carnes: á pesar de su edad avanzada, aun habia belleza su sus facciones aguileñas, y el conjunto era tan noble como interesante: llevaba puesto un pantalon negro y un *surtout*, ó gran paletot, de paño de color de castaña, guarnecido de pieles de marta.

Al entrar en el salon, se quitó su gorro de terciopelo negro, y descubrió su cabeza blanca como la nieve y casi despojada de cabellos.

—Señor! exclamaron los cuatro jóvenes que se hallaban de pié delante de la chimenea, dando dos pasos para recibirle, é inclinándose con profundo respeto.

—Bien llegados sean vdes. á esta su casa, caballeros, dijo el amable anciano, presentando su mano á uno despues de otro: sepan que en vez de venir á causar molestia a ella, vienen á darme solaz en mi retiro, y que les recibo en él con alegría y gratitud, como un eco del mundo, que dolores de mi corazon me han hecho dejar.

—No sabemos, señor duque, de qué modo agradecer á vd. el favor que le debemos, dijo el coronel.

—Yo dí á su padre de vd. sus entorchados de general, siendo ministro de Estado, hijo mio, respondió el duque: así, pues, soy amigo de su familia desde antes de nacer vd., y entre amigos los bienes son comunes: tambien conocí al tío que educó á vd., señor baron de Fuentes, y á su buena madre, señor vizconde de Mena: cuando yo vine á este nido de águilas, eran vdes. muy niños; pero los recuerdo muy bien: solo no me acuerdo del señor conde de Carrion, y eso que su bella figura, ni aun de adolescente, sería para olvidada.

—Yo, señor, dijo el conde, nací en Italia, donde fué mi madre agobiada de ese mal que devora á tantas jóvenes, de la tisis: murió allí mismo, de donde mi padre no se atrevió á sacarla cuatro años despues de darme al mundo, y desde entonces he viajado en compañía de aquel hasta hace tres años que le perdí, y me establecí en Paris, de donde he llegado hace dos meses.

—Los señores están servidos, dijo Gerónimo apareciendo á la puerta.

—Vamos, señores, á cenar, dijo el duque, y luego á dormir: mañana hablarémos: yo guiaré al comedor.

Dos criados tomaron, á una señal de Gerónimo, los dos candelabros que cargados de bujias se hallaban sobre la chimenea del salon, y alumbraron hasta el comedor, caminando á los lados del duque, que iba delante para enseñar el camino á sus nobles huéspedes.

Iban estos vestidos de caza: sus trajes, de paño verde con botones de plata, sus botines de gamuza, y hasta sus cabellos, destilaban nieve derretida, y se hallaban completamente mojados.

Todos eran de bella figura; pero el que la tenia mas interesante era el conde, que unía á la belleza física esa gracia animada que nace del talento y de la gran práctica del mundo.

El estado deplorable de sus trajes no les impidió el ha

cer honor á la cena, y en tanto que comían contaron al duque cómo se habían extraviado en un soto vecino, propiedad suya, persiguiendo liebres, y cómo se habían internado en el monte con la oscuridad de la noche que era tempestuosa y fría.

—A la verdad, señor duque, dijo el vizconde de Mena, que no se comprende cómo vd. tan opulento, y teniendo, según hemos oído, una preciosa joven nieta suya en su compañía, se resigna á vivir en esta soledad.

—Yo no conozco mas mundo que éste, señor vizconde, respondió el anciano: esos aldeanos de ahí enfrente, colonos míos todos, me adoran y adoran á mi Alicia: nuestros criados son mas bien amigos fieles; y Alicia es el rayo de hermoso sol que basta para alegrar mi vida: en el cementerio de la aldea duermen mi mujer y mi hija: la religion, la caridad, la esperanza del cielo embellecen mi retiro: pero, añadió el anciano, veo que el apetito de vdes. se ha apagado ya y me admira que, á su edad y con su fatiga, puedan ser tan frugales: si ya no han de hacer mas honor á las viandas, lo mejor será que se retiren á descansar, pues los lechos están preparados: solo les suplico que ya que mi país les ha tratado tan mal en el día de hoy, se queden en él seis ú ocho dias honrando esta su casa, para que puedan reconciliarse con él admirando lo bueno que encierra.

Los jóvenes se inclinaron con gratitud ante aquel noble octogenario, que recordaba la hidalga cortesía de los antiguos castellanos, y, cerca ya del alba, se retiró cada uno al aposento que se le habia preparado con una comodidad llena de esplendidez.

## II

Tarde era ya cuando los cuatro amigos se reunieron en el cuarto del conde al siguiente día para pasar al comedor, donde, según les dijeron los respectivos criados

puestos á sus órdenes, les esperaban el duque y su nieta.

Era esta una jovencita de cerca de diez y siete años, que todavía aparentaba menos edad de la que tenia, y de una belleza verdaderamente encantadora: gruesos bucles de cabellos castaños se agrupaban en su frente, blanca como las hojas de una camelia, y sus ojos de un azul que tiraba á gris como el de la pizarra, eran tan rasgados y puros que parecían reflejar toda su alma. La estatura de Alicia era esbelta y bastante alta: un sencillo traje blanco, ceñido con una cinta azul y hecho enteramente liso, realzaba la gracia cándida y dulce de su figura.

El duque se levantó para saludar á sus huéspedes y cedió la cabecera al conde, que era el mas edad, aunque no pasaba de los treinta años.

Alicia se sentó al lado de su abuelo é hizo los honores de la mesa con mucha gracia, perdiendo poco á poco la timidez natural en una niña que se veía entre cuatro jóvenes por la primera vez de su vida.

Pasóse el día muy bien: la nieve no permitió salir al campo á los jóvenes; pero fueron á la aldea para ver á sus perros, á sus caballos y enseres de caza, que, al cuidado de algunos criados, se habian quedado en ella.

—¡Niña encantadora es la duquesita! dijo el conde: y á no lamentar aún la pérdida de mi mujer, que me dejó demasiado pronto, me dicitiría á hacerle la corte.

—Y yo! repuso el marques: es tan rica que su fortuna vendria muy bien á mi próxima ruina.

—Y á la mia, observó el visconde. ¿Pero tú, Raimundo, no dices nada?

—¿Yo? nada, respondió el conde; ni estoy arruinado para desear esposa rica, ni pienso casarme por ahora.

—¡Pues ya tienes treinta años!

—Cerca de treinta y uno; lo que no impide que os diga que lo mas seguro será el no casarme nunca.

—Será verdad que así pienses! exclamó el coronel mirándole con aire de dolorosa reconvencion: ¿y por qué?

—Tengo mala opinion de las mujeres.

—Te compadezco.

—¡Malísima opinion! repitió el conde: á ninguna de las que he tratado le daría mi nombre.

—¿Y si la duquesita te hace cambiar de opinion?

—No lo creo.

—¿Quién sabe?

—No me gusta.

—¿No la hallas bonita?

—Sí; pero no me gusta: demuestra su cara demasiado talento.

Esta salida hizo reir á los tres amigos.

—¿Acaso, preguntó el vizconde, te gustan las mugeres tontas?

—Para mujer propia la mas tonta es la mejor.

—¿Piensas aún en ser calavera?

—¿Yo? no por cierto; pero si he de decir la verdad, no puedo ni quiero mirar ya á la mujer como alma, sino como *cosa*: la he respetado mucho: le he rendido un culto casi fanático; pero he visto que la que tiene mas talento está mas llena de defectos, de allivez, de vanidad, de egoísmo: es la que tiene mas pasiones; es, en fin, la mas inútil para la casa, la peor para compañera.

—Verdad es, afirmó el coronel: yo estuve casado con una mujer que solo tenía buena razon natural: que era humilde, cristiana, modesta, sujeta en todo á mi voluntad, y con ella fuí dichoso: ¡ojalá Dios no me la hubiera llevado!

—Tenía todas esas cualidades, porque era pobre, observó el conde: ¡Dios me libre de las mujeres ricas! ¡he visto ejemplos fatales!

Los cuatro amigos, despues de ver sus equipajes y sus perros, volvieron al castillo, donde se entretuvieron en conversacion hasta la hora de comer.

Pasaron así los seis dias del convite: en la noche del último, y despues de haber estado reunidos durante la velada en el salón, se retiró cada uno á su cuarto despidiéndose del duque y de su nieta, pues debian marchar muy temprano á la mañana siguiente.

Alicia, al dar la mano al conde, se puso pálida como la muerte, y, á pesar de sus esfuerzos, brotaron de sus ojos dos lágrimas.

Su abuelo le miró con profunda y dolorosa atencion: el conde observó con extrañeza aquella emocion profunda, y á su vez dirigió á Alicia una mirada de lástima.

Sus amigos en nada repararon.

Despues de haberse retirado los jóvenes, Alicia iba á seguir á Martina, que habia ido á buscarla con una bujía en la mano; pero su abuelo la detuvo y le dijo:

—Quédate, hija mia, tenemos que hablar: y tú, Martina, retírate; te llamaré Alicia cuando se vaya á recoger.

La jóven miró á su abuelo, y luego, acercando un taburete, se sentó confiada á sus piés.

—Hija mia, le dijo el duque: responde á lo que te voy á preguntar, con toda verdad; pero antes interroga y examina tu corazon: ¿amas al conde?

Alicia quedó muda de espanto y de asombro: cubriose su blanco rostro de un subido carmin, y poco despues de una palidez mortal: luego, llena de rubor y de turbacion, ocultó la cara entre sus dos manos.

—¡Habla! dijo su abuelo: ¿le amas? deja á un lado una pueril confusion y piensa en que se trata de tu dicha. ¡Habla, hija mia, habla!

—Pues bien, padre mio, repuso la jóven: yo no sé si es amor lo que siento por él, pues ignoro el nombre de mis propios sentimientos: solo sé que, al saber que se marchaba, me sentí tan triste... que parecía se me quería salir el corazon del pecho!

—¿Has pensado alguna vez en que serias dichosa viviendo á su lado?

—He deseado muchas que el conde no se marchase de aquí, padre mio.

Suspiró el anciano: sabia que el conde tenia su casa en un pueblo de la Mancha, y consideraba que, casándose con su nieta, lo que no dudaba sucederia, querria llevarla y separarla de él.

No obstante, este pensamiento no le ocupó mas que breves momentos: procuró sobreponerse á la pena que le causaba, y dijo á su nieta ocultando todo lo posible la emocion de su voz:

—Ve á acostarte, hija mia, y descansa, que yo velo por tu felicidad.

Alicia, sin poderse apenas dar cuenta de la confesion que se le habia exigido, trémula y conmovida en medio de su inocencia, besó la mano de su abuelo segun costumbre: este la abrazó mas tiernamente y la despidió hasta el dia siguiente.

Cuando el duque se vió solo, apoyó su venerable cabeza en la palma de su mano y quedó sumergido en profundas reflexiones durante media hora: pasado este tiempo, pareció tomar una resolucion definitiva: levantóse, y, tomando una bujia de la meseta de la chimenea, se dirigió con paso seguro á la habitacion ocupada por el conde.

### III

Hallábase este leyendo, en un grueso volumen que de la biblioteca habia tomado por la mañana, pues estando habituado en Madrid á acostarse muy tarde, no podia resolverse á hacerlo á las once de la noche.

Cuando oyó llamar á la puerta de su cuarto, fué á abrir, alegrándose al pensar que tal vez alguno de sus amigos, desvelado como él, habia tenido el buen pensamiento de ir á hacerle compañía.

Pero, al ver al duque, retrocedió un paso admirado de su llegada.

—Perdon, señor conde, si vengo á molestarle á estas horas, dijo el anciano; cuando vd. sepa el asunto que me trae, disculpará sin duda lo intempestivo de la visita.

Dijo esto el anciano con una gravedad que sorprendió á su huésped: este no contestó una sola palabra, y cerrada de nuevo la puerta, el duque y el conde se sentaron al lado de la chimenea.

—El asunto que me trae es grave, y tan difícil de exponer, que lo haré con la mayor brevedad posible, amigo mio, dijo el anciano: se trata de mi nieta.

El conde miró al duque fijamente, pero no con la extrañeza que este esperaba.

—¿Qué! murmuró: ¿habrá vd. adivinado antes que yo... ¿Sabe vd. lo que pasa en el corazon de Alicia?

—El dar á vd. cuenta de una observacion que he hecho, podria encerrar mucha vanidad por parte mia, señor duque, dijo el jóven: hable vd. y luego se la participaré.

—Pues bien, conde: mi hija ama á usted.  
—Ahora debo decirle lo que antes callé, observó el conde: esta noche, al despedirme de ella, la vi palidecer y llorar.

—Y yo tambien la vi.....: la hice quedar á mi lado, la he interrogado, y su candor no ha sabido ocultarme la verdad: le ama á usted.

El conde guardó un severo silencio.

—¿Y qué! no halaga á vd. ese amor! exclamó el anciano: mi hija es la única rama de una ilustre y opulenta familia.....es rica.....es bella, es bucu.....y tiene diez y siete años! ¿No le halaga á vd. una conquista que muchos le envidiarán?

—No, señor duque, respondió el jóven con noble pero ruda franqueza.

—¿Ama vd. á otra?

—No, señor:

—¿La ha amado vd. alguna vez y se interpone su recuerdo entre el amor de mi hija?

—Tampoco: no guardo ningún recuerdo sagrado de ninguna mujer.

—¿Halla vd. fea á mi nieta?

—La encuentro adorable.

—Y no quiere vd. casarse con ella?

—No, señor.

Bajó el duque la cabeza, agobiado de rubor y de pesar: el desaire era grande, y era además, el primero que había devorado en su vida.

—Conde, dijo tras una breve pausa, yo le suplico á vd. que me diga el motivo que tiene para rehusar la mano de mi hija.

—Solo uno, respondió el conde: no tengo vocación al matrimonio, ni quiero casarme, á menos que algún día me enamore ciegamente.

—¿No hay otra razón?

—No, señor duque.

—Pues bien, conde: yo, el duque de Santa Clara, suplico á vd. que haga el sacrificio de casarse con mi hija....ella le ama á vd. y sufrirá mucho si le pierde.... morirá aquí, en esta soledad, llorando el desden de vd., y yo no quiero que muera!.....Conde, piense vd. en que tengo ochenta años: en que de un instante á otro Dios puede llamarme á sí.....en que no puedo buscar á mi pobre niña el reposo que le conviene, para que sea su apoyo y su protector.....si un día se ha de casar vd., conde, haciéndolo ahora, hace tambien una buena obra.

—A la verdad, señor duque, repuso el conde, que me sorprende la impensada honra que quiere hacerme: yo no soy quizá tan buen partido como vd. supone y como debe desear y puede exigir para su nieta: mi fortuna, que era muy grande, aunque estaba muy embrollada ya á la muerte de mi padre, ha quedado reducida á muy poco, gracias á los locos gastos de mi juventud: en los cuatro úl-

timos años, he gastado la mayor parte de mi capital.....

—No hablemos de eso, interrumpió el duque: hablemos solo de si vd. podrá casarse sin violencia con mi Alicia: de si vd., una vez enlazado á ella, la estimará lo bastante para respetar su tranquilidad y su decoro....para no causar penas á su corazón.

—Señor duque, repuso el jóven: yo respeto á las jóvenes de la alta clase, de la educacion cristiana, de la inocencia de su hija de vd., y, aunque no la ame como vd. desearia, y como yo desearia tambien, ella podrá esperar de mí toda clase de miramientos y el mas delicado respeto.

—¡Eso basta! exclamó el duque, en cuya frente brilló una alegre esperanza; el amor vendrá despues: ¡es imposible ver de cerca á mi niña sin adorarla!

—¿Y si el amor no llega?

—¡Llegará! ¡si Dios es justo, y no querrá dar á mi pobre Alicia, tan inocente, tan buena, un martirio inmerecido.....ella se hará querer de usted!

El conde guardó algunos instantes de silencio: su corazón se enterneció al ver suplicar á aquel anciano, y le parecia inhumanidad el negar lo que tantos otros le hubieran pedido como un señalado favor.

—Señor duque, le dijo: no tengo el derecho de hacer á vd. un desaire cuando en todo lo que de mi parte exige soy yo el favorecido: me casaré con la Srta. Alicia, y vd. podrá comparecer delante de Dios con el espíritu tranquilo, pues le dejará un buen guardador.

El anciano abrazó con efusion al jóven, y este sintió caer sobre su mano una lágrima. Era una lágrima que la alegría y la gratitud habian arrancado del corazón del duque.

—¡Gracias, hijo mio! exclamó éste: ¡ojalá Dios le recompense el bien que me hace! y se lo recompensará, estoy seguro de ello: ahora debo decir otra cosa, á la que no sé si accederá, y en la que no insistiré si no se conviene á



ello; deseo que mi nombre no se extinga, y que mi título se trasmita á mi hija y á su marido. A mi muerte, se llamará vd., pues, el duque de Santa Clara.

—¿Podré conservar tambien el de mi padre?

—Sin duda: puede vd. llamarse duque de Santa Clara, conde de Carrion.

—Nada tengo que objetar: mañana, segun quedó convenido con mis amigos, marcharé á Madrid para arreglar mis asuntos y volveré dentro de un mes: entretanto, dejo á vd. mi palabra de honor de que seré el esposo de su nieta.

—Y yo le bendigo y le doy gracias de nuevo, repuso el duque. ¡Ah hijo mío! á mi edad, ya no hay hora segura, y era tan amarga para mí la idea de abandonar el mundo, dejando á mi Alicia en el desamparo! ¿y donde hallar para ella el esposo que le conviniera? La soledad y profundo retiro en que vivo; su extrema juventud; su falta absoluta de parientes; la imposibilidad por lo mismo, de presentarla en la corte, me hacian casi desesperar de casarla, y algunas veces he estado inclinado á encerrarla en un convento, persuadiéndola á que profesase: ¿pero tenía yo el derecho de privar á esta pobre criatura del amor y de las santas afecciones de la familia? No; jamas me lo he reconocido, y he esperado en Dios que él abriera algun camino; él es, pues, quien, movido de mis ruegos, le envia á vd., hijo mio. bendito sea, y ojalá le haga tan dichoso como yo se lo pediré desde el fondo de mi corazón agradecido.

El duque se levantó: volvió á estrechar la mano del conde, y salió de la estancia como si temiese que este llegara á arrepentirse de su promesa.

## IV

A la mañana siguiente muy temprano, salieron del castillo los cuatro amigos con sus equipajes de caza.

El conde dejó para el duque una carta muy corta, en

la que reiteraba su promesa de estar allí dentro de un mes, á contar desde el mismo dia, y le rogaba previniese á Alicia como lo creyese mas conveniente.

Cuando su abuelo habló á la jóven de la concertada boda, esta no se admiró de ello: jamas en el retiro en que habia vivido habia oido hablar de ningun otro matrimonio; así es que no le admiró la singularidad del suyo; solamente abrazó estrechamente á su abuelo, y luego se puso á saltar y bailar batiendo palmas como una pensionista.

Aquel mes se pasó en una deliciosa embriaguez para la novia, que recibió, durante las tres primeras semanas, dos cartas del conde, y en las que solo se advertia el respeto y la adhesión, mas bien amistosa que hija del amor.

Alicia respondió á ellas; pero la pobre niña escribió con cuanta reserva le fué posible, temerosa de cometer alguna inconveniencia con una persona de tan buen tono como el conde.

¡Ah! qué falta hacia entonces para su hija la buena y dulce Imelda! jamas, en vida de su madre, se hubiera tratado de semejante matrimonio para su hija, puesto que la opinion de aquella, era que no hay felicidad posible sin amor recíproco.

La accion de esta historia empieza el dia antes de cumplirse el mes; pero nosotros, siguiendo una mala propension, hemos retrocedido algunos años para dar á conocer los personajes de ella: volveremos, pues, á encontrar á Nolasco y Martina, mayordomo del palacio aquel, y ésta aya de Alicia, que disputaban acerca de la conveniencia del matrimonio de la jóven heredera.

La llegada de ésta al salon que se hallaban arreglando los dos vetustos servidores, interrumpió su conversacion.

Era Alicia, como ya hemos dicho, una encantadora niña, alegre y fresca por lo regular, aunque á veces la sobrecogian accesos de profunda melancolía.

Durante un mes, que sabia se hallaba próxima á casar-

se, sus facciones habian adquirido un sello reflexivo y grave, como si conociese por intuición la gran mudanza que iba á haber en su vida.

—¡Venid! dijo al entrar á Nolasco y Martina: venid, mis buenos amigos: quiero que sepais que hoy estoy muy contenta: vosotros, que habeis estado al lado de mis queridos padres, sois las personas que mas merecen mi amor y confianza.

—¿Conque la señorita está contenta? dijo el grave Nolasco.

—¿Si lo estoy? ¡Oh, no lo sabeis bien! ¡*El* va á llegar mañana!

Este *el* fué pronunciado con un acento que no dejaba duda acerca de la pasion que alimentaba la jóven por su futuro.

—Martina, prosiguió ésta: ¿te acuerdas que de un año acá me hallabas muchas veces sola triste en el jardín? ¿Te acuerdas que habia perdido el apetito y el sueño?

—Y tanto como me acuerdo, señorita! respondió el aya, como que he pasado muy malos ratos, y me he devanado mucho los sesos pensando en que cosa podria ser la que ponía á vd. triste!

—Yo tampoco adivinaba entonces la causa de mi melancolía: ahora sí.... mira, yo deseaba algo y no sabia que.... habia en mi alma una sed indefinible.... lo que antes me habia agradado, llegó á cansarme.... si tocaba en el piano algun bello trozo de música, sentia deseos de llorar.... si leía, el libro se me caía de las manos y lo dejaba para escuchar yo no sé qué voz desconocida que parecía llamarme.... en fin, yo no sabia lo que me pasaba.... pero no me acomodaba en ninguna parte.... Pues bien, al ver al conde, me pareció que su imagen residia hacia ya mucho tiempo en el fondo de mi alma.... que su voz era la que me llamaba y yo oía.... que le amaba desde hace largo tiempo!

—¿De modo que ahora será vd. dichosa?

—¡Con solo que me ame un poco, seré completamente feliz!

—Pues la amaré á vd. mucho; porque siendo tan linda, tan rica, ¿qué mas puede desear?

Alicia sacudió descontenta la cabeza: no entendía aquella gente tosca las puras expansiones de su primero y virginal amor.

Quedó un rato pensativa y luego preguntó á Martina:

—¿Has visto los regalos de boda?

—¿Los que ha enviado el señor conde?

—¡Justamente! ha venido conduciéndolos su ayuda de cámara: ya los han sacado mis doncellas y se hallan en mi cuarto.... ¡qué magnificencia, Dios mio! allí hay encajes, diamantes, costosísimos trajes, qué sé yo! todo lo que la riqueza y el buen gusto tienen de mas precioso!

—No puede vd. dudar del amor del señor conde, señorita, dijo Martina echando una mirada de triunfo sobre Nolasco su contendiente.

—No, dijo Alicia, sacudiendo su linda cabeza: eso no significa amor, querida Martina!

—¿Qué no, señorita?

—¡No! eso lo que significa es que el conde es espléndido, y tiene buen gusto y bastante vanidad! En cuanto al amor, se conoce en otras cosas.... verémos!

—¿Lo vé vd.? exclamó Nolasco en la embriaguez de su triunfo: tiene mas seso la señorita con ser una niña, que vd. que es una vieja!

—¿Por qué dices eso, buen Nolasco? preguntó Alicia sorprendida.

—Lo dice, señorita, repuso Martina, porque no cesa de deplorar su boda de vd.... ¡como si á él le importara algo!

—¿Qué no me importa? gritó irritado el mayordomo: ¿pues quién ama á la niña mas que yo? ¿quién se la ha criado sobre sus rodillas sino yo? ¿quién ha servido á su

padre con alma y vida? por eso si la viera desgraciada... creo que me moriria de pena.

—¡Gracias, buen Nolasco! dijo entornecida la jóven y tomando la mano del mayordomo: te agradezco mucho tu cariño y lo pago con todo mi corazon; pero no temas; espero que seré dichosa: vamos, Martina, ya han llegado de Paris mi traje blanco de boda y mi corona de azahar.

La jóven y su aya salieron del salon, y Nolasco quedó dando la última mano á sus muebles y arreglando las espléndidas colgaduras.

—Yo, señorita, dijo Martina en tanto que se encaminaban á la habitacion de Alicia, estoy loca de alegría con esta boda... ¡qué bella pareja harán los dos! ¡porque el señor conde es todo un buen mozo!

—¿Verdad que sí? exclamó la jóven, y ¡que cara tan bella! ¡qué ojos tan expresivos....! ¡algunas veces demasiado tristes!

—¿A qué hora supone vd. que llegará mañana, señorita?

—Me parece que temprano.... anuncia á mi abuelo que, para asistir á la boda, vendrá con él su mejor amigo el coronel Sahagun.

—Y el señor duque que ha convidado ya á los señores que trata en Valladolid... ¡no faltará gente....! ¿Y dónde se casarán vdes., aquí, en la capilla, ó en la iglesia del puebló?

—En la parroquia: mi abuelo quiere que se haga todo con la mayor solemnidad.

—Y tiene razon: y ¿quiénes son los padrinos?

—Los marqueses de las Bárcenas, de Valladolid: la marquesa era muy amiga de mi madre, y ya sabes que, aunque mi abuelo y yo no visitamos á nadie, ella ha venido á visitarme algunas veces.

—Por cierto que es una señora muy bella y muy elegante. Pero señorita, ¿despues de casada se va vd. de aquí?

—Si, contigo y Nolasco, á la Mancha, donde el conde tiene su casa.

—¿Y el señor duque?

—Ya lo sabe y está resignado á ello: mañana por la noche partimos: conque prepara mi equipaje y el tuyo: yo lloraré mucho.... ¡Dios mio! la mitad de mi vida daria por no separarme de mi abuelo.... pero dice él mismo que mi deber es seguir á mi marido, y tiene razon.

—Pero ¿vendrá vd. á verle?

—¡Oh, eso sí! siempre que me sea posible! Alicia y Martina llegaron, al decir esto, á la habitacion de la primera: en medio de la estancia habia una gran caja de madera: Martina se arrodilló en el suelo y desclavó la tapa con ayuda de un martillo.

Alicia se inclinó, y sacó de su fondo el mas adorable vestido de boda que una novia pudiera soñar.

Era de seda blanca: el prendido y ramo para el pecho, de azahar y rosas blancas: el aderezo, de perlas: el devocionario, de marfil y plata.

## V

Apénas enviaba la aurora su primero y perezoso rayo en aquella mañana de Febrero, cuando Martina entró en el cuarto de Alicia y se acercó á su lecho.

Dormia la jóven el sueño de los ángeles: en su noble frente se retrataba la seguridad de una dicha próxima y completa, y sus lindas facciones estaban iluminadas por una tranquila sonrisa.

Martina la tocó suavemente en el hombro, y ella abrió los ojos tan naturalmente y sin esfuerzo, como el pajarillo que se despierta sobre la rama de un árbol.

—Vamos, ¡arriba! dijo el aya á media voz: ¡ya ha llegado!

—¿Quién? ¿Raimundo?